

¿Dos culturas? O ninguna

*No se trata de aniquilar la ciencia sino de controlarla.
Aunque la ciencia lo olvida fácilmente, sus objetivos
y métodos dependen de opiniones filosóficas.*

Friedrich Nietzsche

Hace poco más de un año, se cumplió medio siglo de la provocativa conferencia que el novelista Sir Charles Percy Snow pronunció el 7 de mayo de 1959 en Cambridge sobre “Las dos culturas y la revolución científica”¹. Difundido y comentado en todo el mundo, ese texto se convirtió en uno de los más populares del siglo XX. Si bien se han realizado muy diversas lecturas de lo sostenido por Snow –elogiado y criticado por igual– en esencia el escritor advertía acerca del peligroso abismo que se estaba creando entre los científicos y los que él denominaba, los “intelectuales literarios”. Caricaturizaba la realidad comentando la existencia de científicos que ignoraban a Dickens o a Shakespeare así como de profesores de humanidades que desconocían la segunda ley de la termodinámica. Es preciso advertir que este planteo acerca de las ciencias y las artes como dos visiones opuestas y hasta antagónicas de la realidad, se realizaba en una época en la que la revolución científica experimentaba su plena expansión. En lo profundo, el debate estaba en realidad referido a la orientación de la educación. Snow señalaba que el sistema británico obligaba a los jóvenes a especializarse a una edad muy temprana, estimulándolos a elegir entre las profesiones la “cultura tradicional”, en lugar de estimularlos a optar por la ciencia y la industria que aparecían entonces como las principales herramientas del progreso.

La intensidad de la discusión pública se agudizó con los ácidos comentarios que sobre la posición de Snow realizó el crítico literario Frank Raymond Leavis² en 1962 en oportunidad de la Richmond Lecture, que pronunció en el Downing College de Cambridge, polémica que se mantuvo activa durante casi medio siglo. Tanto interés hacía suponer que se trataba de temas que venían del fondo de la historia humana. Sin embargo, como lo comenta acertadamente Robert Whelan³, director del “Institute for the Study of Civic Society” (CIVITAS) de Londres, la idea de distinguir las disciplinas académicas entre ciencias y humanidades data del siglo XIX. El término “científico” apareció recién en 1833 y fue en 1882 cuando en una Conferencia Rede como la que pronunciara Snow años después, Matthew Arnold analizó la importancia de continuar impulsando una educación clásica aun en una época caracterizada por grandes avances científicos y técnicos. Por ese entonces ya se escuchaban voces que sostenían que la educación en ciencias era tan trascendente como la frecuentación de los clásicos. El fisiólogo y biofísico británico Sir Andrew Huxley, quien compartió el Premio Nobel de Medicina en 1963 con Alan Hodgkin y John Eccles por sus estudios sobre la transmisión del impulso nervioso, recuerda que cuando cambió su elección vocacional de los clásicos a la física, fue acusado por el director de su escuela de “abandonar la virtud por el placer”.

Si bien en la cultura contemporánea subyacen aún ecos lejanos del debate que planteó Snow, al menos en el discurso, nadie discute ya la necesidad de la formación integral de la persona, cualquiera sea la actividad a la que ésta se dedique. Lógicamente, esta convicción tan sencilla de expresar, resulta muy difícil de lograr en la práctica puesto que sigue habiendo literatos que carecen de toda idea de la termodinámica y físicos que jamás se han acercado a un gran autor. Es más, corremos el peligro de profundizar ese aislamiento como lo señala Frank Furedi⁴: “En 1959 C.P. Snow expresó su preocu-

pación por la separación de la vida intelectual en las dos culturas de las artes y las ciencias. ¿Cómo hubiera reaccionado ante la situación actual cuando esas culturas han dado origen al aislamiento de las disciplinas dentro mismo de las ciencias y las artes, donde los filósofos no pueden dialogar con los historiadores o los sociólogos no pueden conversar con los economistas? No necesitamos más expertos sino pensadores y comentaristas con la capacidad de interpretar el significado que los distintos modos del conocimiento adquieren para la sociedad”.

Sin embargo, en la concepción profunda de la sociedad subyace la necesidad de que las personas dispongan de herramientas diversas de pensamiento, de modos variados de acercarse a la realidad que no hacen sino profundizar el conocimiento de las propias posibilidades, expandiendo los horizontes personales y favoreciendo las asociaciones entre esferas del saber que aparecen como distantes. De todas estas capacidades dependen tanto el hecho de que un hallazgo científico se eleve sobre los murmullos, en la bella cita de David Edwards con la que encabeza su editorial Christiane Pasqualini⁵, como la capacidad de conmover de una gran obra artística.

Es ya un lugar común afirmar que la creación es una sola y que responde a la curiosidad y la imaginación del ser humano. En ese núcleo básico, hay una sola cultura. La belleza es compartida por una obra de arte y por una teoría científica. La diferencia estriba en que la ciencia requiere la demostración de que ese salto imaginativo original se corresponde efectivamente con lo que sucede en la realidad. Probar que esto es así se logra mediante el conocimiento adquirido con esfuerzo y realizando trabajo experimental, muchas veces tedioso.

En esta, la era del conocimiento, se da la paradoja que se manifiesta una cierta resistencia a realizar el esfuerzo necesario para adquirirlo. No se trata, como ahora está de moda sostener, que los niños se relacionen sólo con el saber científico a través de lo que ya conocen y disfrutan, sino que debe estimularse a que desarrollen su capacidad para el conocimiento abstracto y la experiencia rigurosa. En la era de lo fácil, esas dificultades van despoblando las aulas de nuestras universidades de científicos por la simple razón que se trata de disciplinas complejas, que requieren mayor esfuerzo, incorporar nuevos lenguajes simbólicos.

Por eso, comparto la afirmación de Whelan cuando señala que el viejo debate entre artes y ciencias ha sido superado. No se trata ya de establecer si un niño debe aprender a traducir a Horacio (claro que no lo hace) o a resolver ecuaciones algebraicas (tampoco). Lo que hoy debemos discutir es si nos corresponde enseñar algo a las nuevas generaciones. La ciencia es hoy central en nuestra cultura como también lo es la comprensión de la naturaleza del ser humano y de los valores de la sociedad en la que actúa. Ambos influirán de manera decisiva en el modo en que tanto el artista como el científico decidan orientar su búsqueda. Esa educación –que hoy no brindamos como deberíamos hacerlo, de allí lo de “ninguna” cultura– se basa en la convicción de que los seres humanos emprenden el camino de la civilización recurriendo por igual a sus capacidades intelectuales y morales. Es esta una idea que no deberían tener problema alguno en compartir los científicos y los “intelectuales literarios” a los que hacía referencia Snow.

Guillermo Jaim Etcheverry

e-mail: jaimet@retina.ar

1. Snow CP. *The two cultures*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
2. Leavis FR. *Two cultures? The significance of C.P.Snow*. London: Chatto & Windus, 1962.
3. Whelan R. (ed.) *From Two Cultures to No Culture: C. P. Snow's 'Two Cultures' lecture fifty years on*. London: Civitas, 2009.
4. Furedi F. Specialist pleading. *The Australian*. September 2, 2009.
5. Pasqualini CD. Las dos culturas: la ciencia dura *versus* las ciencias sociales. *Medicina (Buenos Aires)* 2010; 70: 471-474.